

Nosotros, cancioneros

Poemario

Carla Román | Ediciones
Colegas



Nosotros, Cancioneros

Carla Román

Editorial Colegas

PUBLICADO POR EDICIONES COLEGAS

EDICIÓN

Carla Román

DISEÑO INTERIOR Y DE PORTADA

Carla Román

CORRECCIÓN

Equipo Editorial

© 2026, Carla Román

© 2026, Ediciones Colegas, S. A., Santiago, 2026

Colección: Cuadernos de Poesía

Primera edición digital: Julio 2026, Chile

ISBN Digital: 978-956-6504-05-4

Licencia: CC BY-NC-SA 4.0

edicionescolegas.cl

edicionescolegas@gmail.com

INDICE

Prólogo / 7

Capítulo 1: Poemas / 12

Capítulo 2: La Capital / 22

Capítulo 3: Métodos / 26

Capítulo 4: Memorias / 39

Capítulo 5: Canciones / 49

Capítulo 6: Cuentos / 73

Prólogo

Este libro nace de las crisis de una vida, como la de cualquiera. Son las historias de una vida contadas en prosa, en poemas y en canciones, en el transcurso temporal o no de una vida entera. Cada página relata crisis y esperanzas, el costo de vivir sin caer en un pesimismo extremo y cómo es la forma de contar y ver nuestra vida, intentamos ser objetivos a pesar de que nuestras historias son escollos.

La vida mía se lleva con canciones, con historias que uno mismo se cuenta, con perspectivas razonables pero únicas. Las canciones expresan lamentos, pero al crearlos mejoramos nuestras emociones, tan frágiles en algunos tramos de la vida. La vida es fragmentada, constituida por partes sueltas, particulares, y *juntarlas* para que hagan sentido es todo lo que podemos hacer. Este poemario intenta averiguar esos conflictos, esos lamentos que todos hemos tenido, esas historias que nos hemos contado, para explorarlas y *escucharlas* tal como son, contarlas con el sonido que ellas tienen.

El poemario intenta centrarse en el sonido de la prosa, a veces en el significado de las historias. Algunas son confusas, pero tal como la vida, no pueden contarse fácilmente. El sonido de nuestras palabras es confuso para

otros, pero para nosotros tienen un *natural sentido* porque lo construimos claramente a través de las imágenes que nos son genuinas. Por eso escribo *morriñas*, *puericia*, *jeliz*, *górgoro*, o *quebrancia*. En ellos, busco la palabra exacta del diccionario, y busco la que suena como lo que siento. Y al hacerlo, empujo el *idioma* hacia una franja donde la prosa no solo se lee, sino que se *escucha*.

Esta búsqueda del sonido sobre el significado tiene una historia prolongada. La poesía sonora, también llamada poesía fonética, se define por abandonar la palabra como simple vehículo del significado y construir sus textos por medio de los fonemas, el ritmo y la tesitura de la voz, funcionando a la vez como literatura y como música. Su origen está en las vanguardias de principios del siglo XX, sobre todo en el futurismo ruso, el futurismo italiano y el dadaísmo, movimientos que quisieron romper el lenguaje para liberar el *clamoreo* y la *vocinglería*. En 1916, en el Cabaret Voltaire de Zúrich, el poeta alemán Hugo Ball recitó por primera vez un verso sin palabras. Su poema *Karawane* estaba compuesto exclusivamente por sílabas inventadas como *jolifanto bambla* o *falli bambla*, y su intención era encontrar un equilibrio fónico regulando la posición de las vocales, el uso de los acentos y las tonalidades antes de que el significado pudiera entrar. Ball quería renunciar a un lenguaje que consideraba agotado y llegar a la transformación más profunda de la palabra, incluso sobrepasándola, para conservarle a la poesía, supuestamente, su santuario más sagrado. Su contemporáneo Raoul Hausmann llevó esta idea aún más

lejos con poemas como *fmsbwtözäu*, una secuencia de letras que parecía más un garabato sonoro que un texto.

El poeta que más profundizó en esta línea fue el alemán Kurt Schwitters, quien entre 1922 y 1932 compuso la *Ursonate* o *Sonata Primordial*, una obra de cerca de cuarenta minutos construida con sílabas sin significado, estructurada como una sonata clásica pero sin una sola palabra reconocible. Su primer movimiento arranca con *Fümmms bö wö tää zää Uu*, un sonido gutural que no remite a nada fuera de sí mismo. Schwitters demostró que la voz podía alcanzar la complejidad formal de la música sin necesidad de significar. En esos mismos años, el chileno Vicente Huidobro exploró las mutaciones fonéticas de las palabras en su poema *Altazor*, donde el lenguaje se va deshaciendo en sílabas hasta desaparecer casi por completo.

Mi libro no es tan radical, pues las palabras siguen siendo aquellas mismas, con su significado esperado. Pero hereda de esos experimentos pasados, una idea central; el poema suena “bien” de cierto modo. Cuando escribo en “*Solo, la caída de los años, la caída de las uvadas corneas de la parra, la caída de los amigos*”, o cuando en “*Suspiro digo regreso en quejido con el aire, mi ladino*”, la palabra quejido contiene un sonido gemido dentro de sí, y ladino arrastra una raíz latina que suena a otro idioma, pero sin soltar del todo el sentido.

El poeta austriaco Ernst Jandl, ya en la segunda mitad del siglo veinte, escribió poemas como *schtzngrmm*, que

deriva de la palabra alemana Schützengraben, trinchera, pero reduce sus consonantes hasta que el poema suena como una ráfaga de ametralladora. Así también en *La pérdida* escribo “*la pulpa de los ojos, la molla de los cabellos desechos*”. *Molla* podría ser una errata o podría ser una palabra inventada. Lo importante no es saberlo. Lo importante es que suena blanda, casi punza, como aquello que nombra.

En este poemario, añado sonido al sentido, lo ensancho, lo oscurezco, a veces, pero no lo abandono.

En la segunda mitad del siglo veinte, la poesía sonora dio un salto con la llegada del magnetófono. El poeta francés Henri Chopin propuso que cualquier poema hecho por y para la grabadora podía considerarse poesía sonora, y con su revista *OU* difundió las piezas más radicales del género. Otros poetas como Bernard Heidsieck usaron la innovación tecnológica para superponer textos, cambiar la velocidad y el volumen e incorporar ruidos del cuerpo y sonidos de la ciudad a la voz grabada. En esas décadas la poesía sonora dejó de ser un ejercicio de página para convertirse en una práctica de estudio y de escenario. De aquella tradición aprendí que un poema no tiene por qué agotarse en la lectura silenciosa. Puede pedir ser dicho en voz alta, puede resistirse a la interpretación inmediata, puede confundir para después golpear más fuerte.

Este libro es, por un lado, un esclarecimiento sobre la vida, y, por otro lado, es un intento de hacer audible una vida, con sus crisis y sus pequeñas alegrías, con sus pérdidas y

sus canciones, y una forma de reunir lo disperso, de dar título y epígrafe a lo que nos acompaña, de hallar en medio de la sonoridad cruel de nuestras vidas, una música; la gloria y belleza.

Capítulo I

Poemas

I Primero

La pérdida

La *pérdida* tramada de ansia,
por mirar hacia *el pecho desinflado*,
la *pulpa de los ojos*,
la *molla de los cabellos desechos*,
La tripa del cerebro, el *músculo tronado*...
la carne de alguien acabado,
que acaba de palmar vaguidamente.

Pues, la *pérdida*,
devora abrigando una fiebre loada,
que advierte: ¡Hazte de un cuerpo y posee
la memoria de la carne en él!

Su vida, tierna y fatal,

comportaba la transparencia de un beso al mundo.
Saciaré su exceso de abnegación,
esparciéndola en el alma digestiva.

Huyo de la intimidad de su respiración,
murmurando un lenguaje que no pueda
reproducirla.

Oculto el terreno sobre el que sus pasos guardaban
para no volver a tocarlos ni animarlos.

Y, hago de prisa, el dominio
de la brisa que naufragabas.
Para, a cura, eximirla de tu pupila redentora;
y descenderla al tiempo en que tú perdida la
trajo sin vida.

Olvidar sin más, la forma en que proscibías
a los queridos
Y anhelar la hierba valiosa,
sobre mis pies,

sin ocultar que fue el suelo cariñoso que
alguna vez embelleciste?

II Segundo

Nostalgias

Le digo a aquellos, lo cuanto desearía
Que un camastro de madre,
una selva montura de la vida
Me esperara,
Con la tranquilidad que se le espera a la hamaca familiar.
Al jergón de la estañada cuna
Que recorre oxidada en la memoria del elefante
americano y amoroso.
Una vida sin más ni mal funeral.

Lo cuanto desearía,
Que una almohada de ovejas
De bártulos pequeños sueños
Me esperara y recogiera
en el jeliz de confusión.

Cuánto desearía que un suave górgoro
de cuerpo cariñoso,
Me envolviera en frazadas de
algodón antiguo y afanoso.
Haciéndome dormir con el paseo del sonido de chiporro
de las palabras de un cuento fenicio.

*¡Cuánto deseo, de reata,
por arrebatar a la niñez
la nostalgia de reencontrarme con sus ojos del desierto!*

Cuánto desearía,
Que la tela de sus pinturas volvieran
a clavarse sobre las maderas del arco de mi infancia.
Pero ... cuánto desearía que no se dejase espacio
para el **serio lío del pasado**
de la natilla suave *de una mujer*.

Espero a mi madre con la pequeñez y puericia de antes.

Siendo cada una de nosotras la *quebrancía*
de una mujer que no volverá a como era antes.

¡Una caterva se ha vuelto la imaginación!

III Tercero

Morriñas

Esperéme el día
en que los recuerdos,
lentos de violencia,
nocturnidad y sevicia,
muden y tomen mitigo

y estos, se conviertan,
¡Del día en que **pacifiquéme**,
Sensitiva humanidad!
en tiernos reencuentros,
saludables gabelas
y morriñas blandas de día a día.

IV Cuarto

Solo

De un original *acaramelado*,
escrita está de *la caída de los años*
la caída de las uvadas córneas de la parra,
la caída de los amigos de los racimos infantiles,
la caída de la vida,
a veces de dos de poca suerte,
o incluso de más veraneras.

Siendo la octavilla pronto un solo ministerio
Un único pajarillo en bayas cordilleranas
Reposado en un botón de perla *planalto*
Sensitivo a los *palos de Brasil*,
Viajó lejos al brote,
sin preverlo,
quedó *huérfano* de su naranjo en flor.
Cayó su rama familiar de la cepa,

cayó su mora blanquita de *Cruz García*,
cayó el *fruto de la parra de la cima*.

Hijita nopal del raciocinio,

cayó ameritar su juventud medular
conjunto a una tradición de arbustiva y
amarilla gracia que combate.

Para darle forma al bordón *macho* de estatuilla.

Uno solo queda, patíbulo,
en su propio ministerio cayado
Del *azucarado* de los años,
solo, en un solo racimo,
solo queda de su naranjo en flor.

Ese es el apretón insospechado
de los vertebrados con años.

Capítulo II

La Capital

V Quinto

Liberado

Todos se preguntan cómo detuve el tiempo.

Pero nadie se pregunta qué hago mientras el mundo está quieto.

Eso es lo único que importa ...

Siento el latir de una utopía posible

y la pesadez de una realidad que la resiste.

Se cree que lo que ya existe es lo único que puede existir.

Pero el horizonte es una apertura y no un límite.

VI Sexto

La Ciudad

Toda ciudad fundada
por un visionario
lleva en sus cimientos
la semilla de su propio olvido.

Toda estirpe que no aprende a leer sus señales
vive el volver a repetirlas. negociando
Y sin embargo construimos.
Y sin embargo, soñamos.

Eso también es humano:
levantar sobre la tierra maldita algo que dure,
aunque sea, lo que tarda en llegar el viento.

El tiempo es el único material
con el que trabajas
construir un tiempo venidero,
 esplendoroso,
Es lo que para ti importa
y lo más difícil de lograr.

Quedarse con abismada pereza
ante la pendiente de lo que viene,
y esperar a heredar
un mundo terminado,
es el mayor miedo que podría
enfrentar una sociedad humana.

Capítulo III

Métodos

VII Séptimo

Instrumento

Dentro de *nosotros*,
Vemos que tenemos,
Un pequeño orificio.

Reside en mí un instrumento
preciso de conocimiento.

... bastante científico a mi parecer.

Qué se entiende como la capacidad
de meditar la naturaleza

... y la habilidad tanto de
recordar experiencias pasadas
como de anticipar los abatimientos

... *luz sobre el mar* de desconsuelos.

Naciste con él
y lo usas tanto en cuanto puedas y debas.

Tu instrumento, puedes entrenarlo
para usarlo con solvencia y solemnidad.
Y, por ejemplo, comparar y descubrir nuevos
organismos o nuevos entornos desconocidos.

Nuestros sentidos tienen limitaciones,
y a menudo usamos anteojos, quevedos,
telescopios y miradores,
entre otras herramientas
para facilitar la utilización del instrumento
... y la *observación*.

¡Aún es más!

Nos beneficiamos al conocer las limitaciones de aquel,
y el impacto que tienen en nuestras *operas*¹
para combinar nuestras observaciones y
nuestra experiencia para tomar decisiones.

¹ El término ópera proviene del latín “opera”, que es el plural de “opus”, cuyo significado etimológico es “obra” o “trabajo”

Del mismo modo,
Construimos conceptos,
No para saber de la realidad en sí,
Sino, para tener herramientas
Que no reemplacen la observación directa,
Pero sí *compriman* la realidad,
En una experiencia natural.

Así, el lenguaje ayuda a conciliar a la *memoria*.
Pero, más vale retener el contexto y las emociones
y todo aquello
Que no se encuentra en la naturaleza,
Para no obstruir el orificio del conocimiento

VIII Octavo

Empalidecido

Una única palabra
dentro de un renglón
llegaría a ser el resultado
de meses de esfuerzo de escritura,
de alimentar a las palabras,
de convenirlas prontas,
ensayarlas,
cuidando de y lo que hacemos.

Aquí curtidas
Las palabras exactas,
Arregladas, incluso, hasta que la visión señale
que no es posible modificarlas,

Hasta que están pasmadas,
Dejando quieto su significado,
pero,
No es todo,
Se debe
Cumplimiento, además,
del contrato perjudicioso del ánimo
Los alientos y estancamientos del tiempo
Las insolvencias del oficio,
y el estar inmovible por los propósitos.

En aquello que hacemos,
No puede ser el mero resultado
de nuestra tibieza al escribir
No podemos dejar que la frialdad
Recoja en nuestro interés
al preocuparnos nuestra tarea

Para algo escribimos
Si llegase a ser única ganancia para nosotros

La distancia se alienta entre quienes te leen
Un fastidio, cortesía de los ánimos

Instalas en los que dices
El vigor de nuestra tarea
No es el desprecio por los otros
Es abrir en otros la brusquedad de quién eres.

IX Noveno

Cerúleo

Intento, que mis versos, en lira
sea una especie de oportunidad.

Nos apriete
y agobie
por un desacuerdo amistoso,
un estudio en objeción.

y nos demos
un trabajo ficticio
de preguntas en discusión

Que jugamos al debate, al jaleo y a la alteración
Que definamos una apuesta
Que nos llamemos rivales,

Y que te desagraden mis pausas propinadas

Luego, sé quién modera lo que calentamos

Adormecer tus aclaraciones

perennes

Y reconfortarte

Con mis cierres

y mitigaciones

Para aliviarte...

Dulcificarte.

X Décimo

Grana

Da agua frágil

De arrías negruras

A una voz que apenas tiene aliento

Luego, del oro

A manos infantiles.

requiebra algún tesoro

Obséquiales ternura.

Decora sus madrigales

De blancos fluviales

y livianos estándares

Da oro confeccionado,

Aliviado de su consagrado

de la impugnación y el compromiso,

que detendrían largas horas
a los aditamentados y concernidos,
Por una fría seguida disciplina
Que irgue frágiles una corona
de apenas conocimiento.

Da agua frágil
De arrías negruras
A una voz que apenas tiene aliento

Estas manos de moceríos
sirven para que lleven sin esfuerzo,
Al mejor de los nuestros
Rehuido de su instinto.

Agua su lentitud
Escupidos de color granate
El cansancio no se viene
Y a los desconocidos meces.

XI *Undécimo*

Cantar o escribir

Es el *canto*, delicado
Y de inconquistable bien,
de quietudes no fácilmente practicables,
No dan paces a cualquiera
A menos que los jaleos de la vergüenza
y de la técnica deshonrosa,
no proteste encima de tus juergas piltrafosas.

Dejo en *canto* llano el jaleo de las fuerzas de la boca,
bien, cuando estoy gentil,
bien, cuando estoy en calma.
Pero, no cuando estoy débil,
Menos aún, cuando estoy apenada.

Dejo en *escritura* llana la riña del cerebro,
bien cuando estoy decaída,

bien cuando estoy a la mohína.
Pero, no cuando estoy satisfecha,
Menos aún, cuando estoy contenta y animosa.

Capitulo IV

Memorias

XII Duodécimo

Suspirar

Regreso en quejido
Con el aire, mi ladino

Regreso bravo
Con el labrantío de la razón

Regreso a casa
Ya no tenía clavos, barro ni tablón
más, una escamondada aún andaba

Tal paisaje en el que niños
Decidieron sin más partir
A algún otro terruñón para no dejarse morir

Niños que nada tardarían en acabarse,

sin vivirse, sin hallarse

Hay quienes alquinos no aprenden

A beber de las lágrimas de equino.

Hay quienes dirigidos, no aprenden a patear

las piedras del camino.

Niños caerán dirigidos

sobre las líneas de sus pieles

De niña aprendí que vuelven para

hechizarme con viejos y tristes hechos

Viví, pero ahora quiero darme

a vida más.

Murmur de mi ladino minino

Con sus mismos viejos y tristes hechos

Aprendí que es agradable coleccionarlos

en un álbum de fotos que insisto en

amontonar

ahora está lleno de cartas, fotos y siluetas

De personas que deshice y no conozco
Niños coleccionan nuestras fotos,
para dejarlas sin tinta
Y pintarlas de blanco y negro

Tengo la misma cruz marcada
que desde niña.

Mantengo recuerdos distintos
de los niños de la salvación
Estando aquí, como una tonta,
reescribo una nota del pasado,
de la que no me canso de saber.

La nota insiste en que le escriba,
Ella pide que diga
que los días serán más tristes
y las noches más perdidas.
Y al mismo tiempo,
Caer de ignorancia es creer que los días
No son algo de querer

XIII Decimotercero

Sueños

Era de una habitación sin saetilla

Tú estabas ahí, doblando la tarde con una lumbre,

Eras dos hombres distintos, con un azogue uno,

Y el otro con una penumbra

Yo no podía dejar de preferirte,

como quien sigue una cumbre.

Yo era agraciada,

libre, de agua y con una desvergüenza herrumbre.

Y mi cuerpo aprendía tu nombre

Mientras me lamías la fruta madura

Que se desasía en tu nombre.

Yo tenía un poder y una risa grosera,

de corteza.

Me gustaba que me quisieras,

delicada traviesa,

que me amaras.

Yo me sentía contigo una criatura leve.

Él era complaciente,

pero tú te inclinabas más, con una salmodia de piel,

y canturreo gitano,

y yo por encima de ambos,

como una pluma que se deshace,

que cae

desaparece,

en una fusca.

Para nosotros habían promesas,

sin miedo a perdernos después.

El sexo era previsible,

de vacilaciones,

introduje tu pene dentro mío.

Como si fueras a disparar algo que me desaforaría.

Y me sacudí.

De adelante hacia atrás.

*Y me embebí desde algo que llenaba brutaemente.
Y nos quedamos así por un momento.
Ya no nos queríamos separar,
a pesar de que ya habíamos dejado la idea.*

*La habitación era hermosa y el techo
inconmensurable,
la seducción giraba despacio,
De manera irreparable.
Era el último día,
un sueño de oro,
un despertar de agua inagotable,
un desgarramiento del cerebro invalorable*

*Era la última mañana,
pero entre nosotros crecía
una promesa practicable,
sin miedo a perdernos después,
en un jardín deshonoroso,
como si creyéramos que el tiempo
se volviera más amable.*

*Luego vino la resolución,
y el aire era infámico,
vidrio ratrojal.*

*Te acerqué a mí desesperadamente.
“Enciende la lamparilla, compasión”,
y todo empezó a moverse con desobediencia.*

*Nos quedamos así,
sin querer separar la donosura de la respiración,
hasta que alguien golpeó la puerta y quebró la espesura.*

“¡DENSIDAD!”

“¡FRONDA DEL ALMA!”

*Nos escondimos los tres,
y apareció un cuarto que era
“¡Desconsuelo al revés!”,
supimos que se acababa la belleza
de esta escena.*

*Que nunca volveríamos a ver
tanta libertad sucediendo,
de una sola vez.
Y ya no sabremos adónde fuimos,
dónde encontrarnos
solo quedará la pena, una ceniza en la tez.
Y el aire abandonará la habitación
con el follaje de la cortesía.*

*Ya en el pecho no nos unirá el marcaje de tocarnos.
Ya no respiramos, ni pasando por el otro.
Al encontrarnos será en el desierto,
en la frondosidad de la
arena, en donde podremos excavar sin fonda.
Sin que nadie nos atrape.*

*Un murmullo del nácar,
escuchemos esa voz dulce al
despedirnos.*

Esperamos que la memoria

vuelva despacio a recordarnos.

*Todo el placer lleno de infamia
desarme el tiempo y vuelva a repetirnos,
En la indignidad de la nostalgia,
Para que mi mente de hojarasca
se endulzca al recordar que me querías,
de una manera en la que no fallábamos.*

Capítulo V

Canciones

XIV Decimocuarto

Imagina

Los años no borran la espera,
que deja el aprender a amar,
Que el apetito hace que valga la pena
El seguir alegres aun cuando no hay luz

Quién lo sabía, quién lo diría
Que nuestros mayores seguirían
aprendiendo a amar
Que entre más acumulamos tiempo
miedo a borrar nuestra memoria nos da
Y que los recuerdos los queramos evitar

Quién lo sabía, quién lo diría
Que esta vez nos quema en la piel
Que la vida no es cada vez más tranquila

Que no estamos más bien
Que no siempre nos ayudan
y nos llevan con desdén, el desdén

Quién lo sabía, quién lo diría
Que los hombres hacen que los animales
huyan durante el día
Y que por las noches sus lágrimas huyen
de nosotros
Por las vidas que hemos abandonado
Y con eso se ilumina el cielo con los llantos de nosotros

Quién lo iba a saber, quién lo iba a saber
Quién lo hubiera pensado, quién lo hubiera pensado

Imagina

Cambiar de tiempo
que me susurren
todas las respuestas
Y que ni siquiera lo pueda conseguir por mí cuenta

Que aún me frustre
Teniendo todas las respuestas

Quién lo sabía, quién lo diría
Que sólo pensamos en volver a casa,
que es toda nuestra ilusión
que no nos dejamos crecer como musgo
porque somos viajeros en fuga todo el tiempo

Quién lo sabía,
Quién lo iba a decir,

Que en el barrio de mi ciudad
Ya no se puede ir cantando así
Ya no puedo pensar así
Por la espereza vía

Quién lo sabía,
que cerramos las puertas de par en par
de nuestro nicho

que miramos el recuerdo
y notamos más perdidos

Quién lo sabía,
que desperdiciamos lo que nos merecemos
que los sueños son como un barquillo
que afligirse es como desperdiciar
una gota de nuestra sangre

Imagina

Cambiar de tiempo
Y que me susurren
todas las respuestas
Que ni siquiera lo pueda conseguir por mí cuenta
Y que aún me frustre
Teniendo todas las respuestas

XV Decimoquinto

Paisajes

A lo lejano, *tango* de mi *ayer*.
Marcando el retorno,
Y el paso del daño.
Cantando como ninguna,
Poniendo en cada verso mi *corazón*.
Tengo pena de *tangoneón*,
Voz de *alondra*, de *tono* oscuro,
Y de callejón.

Aunque no quise el regreso
A tu esquina vuelvo marchita
A las nieves del tiempo
Vuelvo más viejo
Diciendo que veinte años son nada

cambiado los años,
Pasado solo me ha dejado

Yo fui viajero del dolor
Y en mí, de soñador
un mal de vida, lagrimear

fijé cada beso
De mi madre
En una esquina del cerebro

Ella fue matando la ilusión
De la revuelta de la vida
Vuelvo vencido cada vez
Porque ella ya se perdió
Vuelvo a un hogar
En donde ella está
La que siempre no pudo guardar
Un cacho de amor y niñez
Siempre bravo y pobre el hogar
La casa se pintaba de quejas
Que llegaba hasta un viejo balcón
Recuerdo el capricho del tiempo
Sin entender lo que significaba el silencio

Cada cosa es un recuerdo
veinte faltas de consejos
lejos me llevaron como un extraño
con la voz de un cruel silencio

Solo a mi madre, la encontré
De la puerta la llamé
Y me miró con esos ojos
Con esos ojos de bronce
De azúcar distancia
Quemada al sol

Los años traviesos,
Malvados, los recuerdo
Nublados por el llanto
Me digo: “¿por qué, por qué tardaste tanto en entender?”

Ya nunca más he de partir de su recuerdo
Y a su lado he de vivir para darle la luz
y sombra
Al calor de esta otra vida

Entendí que solo una madre puede venir con un
trombón que odia o te perdona
Con esa grosera locura de alondra en el nacimiento que
dice que:
“un suplo es la vida,
Eres de merecerla o no”.

XVI Decimosexto

Una vida entera

Mantenemos la carga
De una vida entera
Sin saber que hacer
dé lo mismo no saber

Con la apetencia en la mirada
Vivimos en una ciudad de piedra,
en mi casa de perros
Con gozques que tiemblan al alejarnos de ella

me encerraron,
di palos de ciego
pero *tranquila*, todo va a estar bien
me dije a mí misma
Que los falderos no nos van a morder

No podemos apostarle a nada
Cuando ellos ceden a Dios
Y nosotros más lejos de él
Como cachorros del *sur*
Pero me dicen, que estamos más
cerca del *sol*

Duerme, oh relámpago de guerra
Duerme, oh relámpago de guerra
Duerme, oh relámpago de guerra
Duerme, oh relámpago de guerra
Duerme, oh relámpago de guerra

XVII Decimoséptimo

Soles

Soles le hacía

trizas, a pelear

para cobrarle en la alborá

Susurrándome un misterio

Buscándome

me dejó sin idear

Yo pude decir que tuve miedo

Él no pudo decir que le dolía

Él no pudo decir que era salvaje lo que hacía

Él pudo pasar sus días en puro tomar

Él no pudo pasar las semanas sin llorar

Hoy habló de carabinas,
De expiar la savia azúcar amarga
De las casas
Yo no pude llorar, mis ideas fueron
andanadas
Y no pude pedir ayuda alguna,
no tuve una segunda oportunidad más,
tuve que tragar en seco su azúcar de provecho
y oportunidad

Él tiene un hijo en las vísceras
Él soles le hacía
trizas, a pelear
para cobrárselo en la alborada

Quisiera un fracaso de alguien triste
Como yo, soy quien tiene
El inevitable defecto de repetir

la verdad de los días y decirte
cosas no pequeñas ni tonterías,
más deben de seguiste

Yo río al pisarte los pies
Tal garza dándole combate a un río
tengo una lealtad al desdecirse,
Él y yo, en la casa Buendía
somos quienes finalizan los días y
las madrugadas sin ir a dormirse.

Si, es distinto sin ti.
Muy distinto sin ti
Después de pasar
a cien años de soledad

Soles le hacía
trizas, a pelear

para cobrárselo en la alborada
hoy le hablo de saldo
le platico en el castaño
me dice que el negocio no
tiene trato
entonces le contesto que me marchó cuando
el mango flor, no nazca en el verano.

Yo pude decir que tuve miedo
Él no pudo decir que le dolía
Él no pudo decir que era salvaje lo que hacía.
Él pudo pasar sus días en puro tomar
Él no pudo pasar las semanas sin llorar

Hoy habló de carabinas,
De expiar la savia azúcar amarga
De las casas

Yo no pude llorar, mis ideas fueron
andanadas
Y no pude pedir ayuda alguna,
no tuve una segunda oportunidad más,
tuve que tragar en seco su azúcar de provecho
y oportunidad

XVIII Decimoctavo

Sola

Todo va a estar bien,
Mi pichón triste siempre
Me viene a cantar
Siempre se preocupó de ser
La que tenía las puertas abiertas
De par en par

Qué van a saber de amor
Quienes no se preocuparon
De que no sienta dolor

Pero esta vez mi pichón
no lo pudo enmendar.
Mi madre pichón me dice, tranquila,

de esta salimos sin poner paz.

Mantenemos la carga de una vida entera
Sin que no nos dé lo mismo qué se debe hacer.
Mi casa es de perros y hiedra
Con gozques que tiemblan al alejarnos de ella.
Con la apetencia en la mirada
Vivimos en una casa de piedra.

Todo va a estar bien,
Mi pichón triste siempre
Me viene a cantar
Siempre se preocupó de ser
La que tenía las puertas abiertas
De par en par.

Qué van a saber de amor
Quienes no se preocuparon
De que no sienta dolor

Mantenemos la carga de una vida entera
Sin que no nos dé lo mismo qué se debe hacer.
Mi casa es de perros y hiedra
Con gozques que tiemblan al alejarnos de ella.
Con la apetencia en la mirada
Vivimos en una casa de piedra.

XIX Decimonoveno

Merce

Merce, su nombre.

Mece el canto y el *fado*

Mercedes canta el fado.

Canta a papá.

A la suerte del jornalero

Con mil problemas que **solucionar**,

que no para de cargar.

Tanto tiempo nos regocijamos,

nos animamos tanto así,

a la vida construidas de garrotazos

salarios y de **serrín**

Su cabello olía a **cigarro**

y a jazmín.
Cuando estabas aquí, Mercedes,
Todo el viento del mundo
Sopla en tu dirección,
Tu trajiste la luz,
En tus ojos grises,
La noche de la vida,
Se fue de ti.

Aunque,
Tú la **arrebataste**.
Te arrebataste de mí.

Pero no podía mirarte a los ojos,
¿dónde vas?
Te vi cómo me mirabas, Merce,
Esos días parecen lejanos,
como las palabras a las que renunciabas.

Y ha pasado un año,

no me **sorprende**

que ya no me hables *igual*.

Mercedes, ¿qué hay de ayer?

(¿Y de *nosotros*?)

Extiendo la mano para tocar a un extraño.

Pensando en que es un fantasma de *regreso*

No confió ni en su fantasma

Si yo fuera tú,

me lo pensaría.

Esa altanería

que no dice la verdad.

Me pregunto bajo la lluvia

Bajo la máscara de la vida,

sintiéndome un loco, Merce,

Con una herida en la *espaldilla*.

Tuve una caída repentina.

Las noches permanecen inquietas.

Respiran en desgracia.

Quisiera ver cómo actuarías

Ver qué harías en mi lugar.

Los días felices ahogarán el dolor.

Una y otra, y otra vez, Merce

Ella vino bajo la lluvia, y otra vez, y otra vez

Se marchó.

Escucho su voz sacudir mi ventana,

Aunque desde que la conocí,

desde el principio,

No entiendo su manera de cavilar.

Aun así,

Un viejo cuento dio su adiós

Toda estación fue pieza de una ojeada negra

Y otra blanca arma de su voz.

Quiero subir la cuesta
que asedia su falsedad.

Mercedes,
Cantó el *fado*
A mamá
A la suerte de un hijo
Sin nada que esperar.

Capítulo VI

Cuentos

XX Vigésimo

Lluvias

La lluvia de los cien días

En la península tierra, fui expulsado, en la tierra de todos

En donde nadie vive más de cien días

De discordia, lloré cien días.

Para ahogar a cien personas

Pronuncié cien palabras de Dios.

Para dar felicidad a cinco hombres,

Tuve que desnudar a un ruiseñor

Durante los cien días de sol,

Fui invitado al país de Dios

Coroné a cien ángeles, y dí muerte a cien sacerdotes

*Luego, durante cien años, fui amante
De dos sabias
Ambas daban luz a cien pájaras
Sabienas de una nostalgia a la tierra*

*Fui cien años viajero de un barco
que exportaba lavandas y tabaco
Dí luz a cien gatos
que inmortalizaron en pequeños dioses
de pianistas y faramallos.*

*Fui recolector de cien zancudos,
para enseñar a cien obreros
las cien enfermedades del olvido y de lo furtivo.*

XXI Vigésimoprimer

Extraño

Extraño la pascua de tus ojos verdes.

Extraño la infancia de mantos negros.

Dono nostalgia suelta al ministerio

de los momentos del pasado.

Miro a los muertos

y veo como todo el tiempo

de gracia a pasado.

XXII *Vigesimosegundo*

Parte 1: Caballos

Oh, ¿Sabes que nuestros caballos
renuevan nuestros dorados manantiales
al beber de ellos?

Es por una razón simple.

Convierten al agua en
un delicioso cáliz de dulzura,
lleno de los más pequeños sueños
e insectos, a punto de engendrarse.

Los más ancianos creen
que el agua de los caballos
les entrega años de vida.

Los más jóvenes creen
que los caballos les entregan
sus bendiciones con la guerra,

por beber la saliva de guerreros galopantes.

Las mujeres ancianas
creen que el agua
de nuestros manantiales
son lo más adecuado
para escribir y cantarle
a los dioses de Estimas

Mi reino,
El de mis hermanos,
Hermanas.
Es un palacio de hombres de juventud,
Y mujeres despiertas

Miras mi vejez,
y temes porque me desvanezco
y no se me volverá a ver.

- ¿Nada insiste?

- ¡Oh, claro que no!

Cuando expiro,
multiplico el amor,
a la paz y a la vida.

En mi descenso de exhalación,
poso mis leves orgullos sobre las balsámicas
manos de mis hijos,
y cortejo mis demás hermanos
para llévame de la vida
la más suave de las deterioraciones

Me arrodillo
ante la temblorosa agua de la fuente,
ante un sol que avanza,
para que los demás vean
mis expresiones pretéritas
de un anciano,
y vivan en su juventud
la muerte circundante.

XXIII *Vigesimotercero*

Parte 2: La peste

Guardo silencio

¡Toma asiento aquí!,

en este amplio predio,

dedicado a sembrar muertos

e injertar alegrías,

¡siéntate y sonríe sobre estos malditos hijos!

¿¡No escuchas la maldición que tengo!?

¿¡**La del padre!**?;

La de las alcas torres,

De la peste y las pesadas vigías.

En cuanto a mis dos hijas.

corrieron y aferraron lamentos
de amargo pesar
por las vestiduras.

¡Ella, mi hija menor,
tú me guiaras desde este lugar,
e incidirás en que la maldición
caiga sobre el resto y los envuelva a todos!

La hija menor,
sacó a su padre del pútrido lugar,
para luego huir presurosa
antes de caer encadenada,
en espera de la oscuridad,
profiriendo *luctuosos* en la caballada,
como cien hombres sumidos

en horrenda muerte.

El padre tirado sobre el suelo de mármol,

en silencio todos,

él muerto por la peste;

el resto abatido por miedos culpables;

y todos los niños en sus lechos

segados en una sola noche.

Treinta de los hijos de aquél

permanecieron para consumirse en el palacio.

Desolados,

repugnantes, mudos, perplejos,

a la espera de la peste *aciaga*,

azarosa,

que les perseguía por la peste del padre.

PUBLICADO POR EDICIONES COLEGAS

© 2026, Ediciones Colegas, S. A., Santiago, 2026

Colección: Cuadernos de Poesía